

El taller de la escritora: “Diálogo” y [“Un buen tiritito”], dos cuentos desconocidos de 1916

M^a del Mar Novo Díaz

(UNIVERSIDADE DE SANTIAGO DE COMPOSTELA)

En el presente artículo reproducimos dos cuentos hasta ahora no recopilados¹ de la insigne escritora coruñesa conservados en el fondo Emilia Pardo Bazán de la Real Academia Galega²; ambos cuentos aparecen mecanografiados y sin correcciones, a excepción de una corrección autógrafa en la cuartilla número cinco del cuento que reproducimos en segundo lugar, que carece de título y yo me permito la licencia de titular [“Un buen tiritito”]³.

Ambos cuentos aparecen datados en 1916, en ese momento doña Emilia vuelve a ocupar la tribuna del Ateneo de Madrid y preside su Sección de Literatura, es un año en el que se celebra el centenario de la publicación de la segunda parte del *Quijote*, con cuyo motivo dará unas conferencias. Los dos textos aparecen destinados a su publicación en prensa: “Diálogo” para *Summa*, título que no nos ha sido posible asociar con ninguna publicación de esta época (principios del siglo XX), y en el caso de [“Un buen tiritito”] se destina a la revista argentina *Caras y Caretas*.

Hablamos de una escritora de cuentos, de las más prolíficas de dicho género, que durante casi medio siglo deleitó a los lectores de la época con sus creaciones. Nunca se dio por vencida y fue perfeccionando su pluma día a día a pesar de la recomendación de su padre de que no se dedicase a escribir cuentos porque carecía de las dotes necesarias para ello:

¹ Que se vienen a sumar a los ya recogidos por otros estudiosos: Clémessy, N. 1972; Paredes Nuñez, J. 1979; Infantes, V. 1988; Herrero Figueroa, A. 1994 y 2004; Sinovas Maté, J. 1996; González Herrán, J. M. 1997; Saiz Viadero y González Herrán 2004; Quesada Novás, M. A. 2002; Novo Díaz, M. 2004; Carballido Reboredo, S. 2005; Dorado, C. 2005; Ezama, A. 2006 y Patiño Eirín, C. 2006.

² Agradezco a la Real Academia Galega el permiso para la transcripción de los textos, y al personal del Archivo que tan amablemente nos proporcionó los manuscritos mecanografiados que son objeto de este trabajo.

Vid. Axeitos Valiño, R. y Cosme Abollo N. 2004. Códigos de los documentos en el Archivo de la Real Academia Galega: 257/39.0 para el titulado “Diálogo” y 258/18.0 para el cuento cuyo título desconocemos.

³ Lo considero un posible título dado que la idea del protagonista de pegarse un tiritito está presente a lo largo de todo el relato, y el propio texto contiene este sintagma en su primer renglón.

(...) á los veinte y pico de años, escribí mi primer cuento, y se lo leí al juez para mí más benévolo y al mismo tiempo más leal y recto que yo conocía: mi padre. Lo escuchó con atención suma, me pidió que repitiese la lectura, lo hice así, se quedó pensativo, y al fin, con el arranque penoso del que tiene que dar una mala noticia, me dijo severamente:

-No te da el naípe por ahí. No sirves para ese género. Debes renunciar á escribir cuentos para toda tu vida; es indudable que careces de las condiciones del cuentista, que son rapidez y una gracia especial (...)⁴

Este primer cuento al que alude la escritora es el titulado “La mina”⁵, en un principio la autora coruñesa está de acuerdo con los consejos de su padre:

Y me avine completamente á la opinión de mi padre, y quemé aquel cuento, que se titulaba, si mal no recuerdo, “La mina”, y en seis u ocho años no volví á pensar en contar un cuento a nadie⁶.

El número de cuentos publicados en vida de la propia doña Emilia nos demuestra que, por suerte, la autora al final decidió seguir intentándolo con este género breve del cual llegó a ser una gran maestra, aún a día de hoy es imposible dar un número concreto y cerrado de cuentos dado que siguen apareciendo en cualquier parte del mundo nuevos textos, de manera que las ediciones completas de cuentos quedan pronto obsoletas.

Si tuviésemos que datar el desarrollo del cuento sin duda es en el siglo XIX cuando este género alcanza su mayor esplendor, y vinculado al siglo decimonónico y al cuento tenemos el periódico y la revista que eran su cauce más habitual de difusión⁷. El cuento se caracteriza por su brevedad, se escribe de un solo golpe, el narrador suele ser omnisciente pero también aparece con frecuencia la primera persona, y a menudo se nos presenta un diálogo entre dos personajes como es el caso del cuento titulado “Diálogo”. En este cuento se nos muestra una conversación entre Galo y Teolindo, en un principio el título nos lleva a asociarlo a otros cuentos de la autora, estos sí recopilados en sus obras completas: “Diálogo”⁸ y “Diálogo secular”⁹ pero vemos que lo único que poseen en común es el título y el uso del diálogo.

⁴ Vid. *La Ilustración Artística*, 16 de diciembre de 1907, nº 1355, pág. 810.

⁵ Vid. González Herrán, J. M., 1997, págs. 171-180.

⁶ Vid. nota 4.

⁷ Sobre este hecho vid. Baquero Goyanes, Mariano 1992.

⁸ Cfr. Paredes Núñez, Juan 1990. Tomo II, págs. 428-430. Villanueva Darío y González Herrán, José Manuel (Editores) 2005. Vol. 10, págs. 197-202.

⁹ Paredes Núñez, Juan 1990. Tomo III, págs. 474-475.

Como ya he dicho más arriba, estos relatos parecen estar destinados a su publicación en prensa, en concreto a revistas, en el caso de uno de ellos: a la revista argentina *Caras y Caretas*. No me ha sido posible consultar si en torno a los últimos cuatro o cinco meses de 1916 aparece dicho cuento publicado, pero la escasez de correcciones me hace pensar que tanto este cuento como el titulado “Diálogo” no llegaron a ver la luz en dichas revistas: *Summa* y *Caras y Caretas*. Otra posibilidad nos lleva a pensar en que posiblemente exista otro estado intermedio entre estos manuscritos mecanografiados y su salida en prensa, hipótesis esta muy factible.

Estamos ante dos relatos mecanoscritos ambos en 1916, por una escritora ducha ya en las labores de elaboración cuentística y que quizás ella misma desechó por considerar que no eran dignos de ser publicados. La escasez de revisiones nos hace pensar que estos cuentos forman parte de una serie de documentos que guarda “para el primer compromiso que tenga de un trabajo literario corto”¹⁰. Estamos ya en sus últimos años de vida, muere cinco años después, en 1921, la Condesa de Pardo Bazán es una firma cotizada, que escribe lo que, como, cuando y donde quiere.

La revista *Caras y Caretas* es una revista que nace bajo el signo del liberalismo conservador fundada en Buenos Aires en 1898, por iniciativa de un inmigrante español, Eustaquio Pellicer (1859-1937), su primer director fue José S. Álvarez, Fray Mocho, autor de cuentos y crónicas costumbristas. Se autodefinía como “semanario festivo, literario, artístico y de actualidades”. Salía a la luz los sábados, el precio comenzó siendo de 0,25 centavos y a partir del número trece su coste descendió a veinte centavos y así se mantuvo hasta su desaparición. El último número de *Caras y Caretas* desaparece hace sesenta y ocho años, el siete de octubre de 1939. Tras dos breves intentos de volver en 1953 y 1982, en el año 2005 reaparece como revista.

Ninguno de los dos cuentos posee la firma de la autora, si bien ambos están completos y terminados. En el cuento destinado a *Caras y Caretas* en la cuartilla -1- nos encontramos con parte del texto borrado al fondo de la cuartilla del lado izquierdo pero es esta la única dificultad que muestra el texto, que intentaremos subsanar dejándonos llevar de la intuición, el resto de las cuartillas es legible y las cuartillas están restauradas. “Diálogo” presenta

¹⁰ Freire López, Ana M^a (Ed.) 2003. Pág. 121.

el problema de que la última línea de la primera cuartilla aparece cortada, doña Emilia continua escribiendo sin percatarse de que está torcido el papel en el rodillo de la máquina y casi no escribe en él; pero en parte se puede aventurar que escribió "... á un plan muy riguroso de..."

Quizás en un principio guardó estos cuentos para un compromiso literario y llegó a destinarlos para tal efecto, como demuestra lo escrito en ellos: "para Summa" y "para *Caras y Caretas*" este último más preciso, puesto que además del año: 1916 podemos leer "Agosto" (posiblemente refiriéndose a su salida en prensa)¹¹. Dado que ella no tenía problemas a la hora de publicar sus cuentos, se los solicitaban numerosas publicaciones periódicas, españolas y extranjeras, es de suponer que tendría varios terminados, corregidos y revisados dispuestos para tal fin y, en el caso de los dos que son objeto de este trabajo no los revisó, y ello nos lleva a pensar que no llegaron al destino marcado.

A continuación reproduzco los cuentos mecanoscritos exhumados del Archivo de la escritora coruñesa, he optado por presentar en primer lugar lo que a mi juicio sería el texto depurado siendo en todo momento lo más fiel posible a las cuartillas mecanografiadas existentes en el Archivo. En las notas a pie de página anoto las palabras y secuencias de más dudosa interpretación, remitiendo en todo momento al apéndice donde me he limitado a reproducir fielmente el cuento mecanoscrito, conservando párrafos, renglones, signos de puntuación y erratas que aparecen en las cuartillas. Este apéndice nos permite conocer el proceso inicial del cuento, no posee correcciones de la autora a excepción de un tachado a mano.

Diálogo:

Cuento compuesto por ocho cuartillas mecanoscritas, numeradas a partir de la segunda en la parte central con el número entre dos guiones. Carece de correcciones, en la parte superior derecha podemos apreciar la huella de una grapa, en la mitad derecha de la primera cuartilla leemos: "1916", "Para Summa" y "DIÁLOGO". Datos estos que nos permiten fecharlo y quizás localizar su destino en prensa, y su título.

¹¹ Vid. Jean-François Botrel 2003. En el apartado titulado "El taller de Emilia Pardo Bazán" hace alusión al trabajo diario, el trazar "a escape" o "a vuela pluma" unas cuartillas, recoge como empieza a guardar material vario para su publicación para cuando se le requiera una colaboración. Incluso negocia los contratos, reservándose el derecho de impresión de sus artículos, págs. 158 y 161.

Nota editorial:

A la hora de transcribir los textos he intentado ser lo más fiel posible al texto, no obstante, he realizado correcciones que considero necesarias a la hora de enfrentarnos a la lectura de los cuentos aquí reproducidos: se han regularizado los signos de puntuación y acentuación siguiendo la norma actual, se han hecho rescates textuales obvios o reconstruido partes del texto que situamos entre corchetes.

“Diálogo”

En un rincón del Ateneo. Mesas con servicios de café, unos ya consumidos y que un mozo retira, otros que trae para señores ateneístas que leen periódicos o discuten a media voz. En un rincón, ocupando el ángulo de un diván y una butaca contigua, Teolindo y Galo conversan, sintiéndose perfectamente solos entre el rumor de charlas. Su diálogo parece continuación de otros anteriores. De esos temas que, entre amigos, salen a relucir una vez, cuando menos, por semana.

-Galo: No me cabe en la cabeza ese empeño tuyo de que somos libres y podemos hacer lo que nos dé la gana.

-Teolindo: ¡Qué quieres! No me siento piedra ni vegetal!... Tengo mi conciencia.

-También la tendremos los demás...Sólo que ante lo imposible, la conciencia se limita a darnos tormento, sin sacarnos del pantano.

-Galo: Bah.

-Teolindo: ¡Bah! A todas horas te ves en situaciones que te permiten afirmar la conciencia. A cada paso luchan tu honradez y tus apetitos. No querrás decir que vencen siempre estos últimos, ¿eh?

-Galo: Qué diantres. También yo tengo mi propia estimación. Y no es la honradez solamente. Es el buen sentido. Mira aquello que más me fastidia es no probar lo que me gusta...Y lo sigo.

-Pues me das la razón.

-Galo: No. Esas son cosas que podemos hacer, sin más que unas miasmas de entendimiento para discernir entre lo que está en nuestra mano y lo que no está, y escoger, como egoístas, lo que más nos conviene...porque, al fin, es el egoísmo el que nos mueve, en eso y en todo. Eso no me lo negarás.

-Teolindo: Según como se entienda...el supremo egoísmo sería virtud absoluta.

-Galo: No lo dudes ni un momento. No hay nada que se parezca a la felicidad tanto como esa virtud que llaman heroica...Lo único que he querido

dejar sentado, es que las circunstancias nos mandan y hacen de nosotros lo que se les antoja. Te contaré la historia de un golfillo...historia fantástica, dirás...Fíjate y la verdad te saltará a los ojos.

Este golfillo, por uno de esos contrastes frecuentes entre el nombre y la persona, se llamó Félix. No pudiera ningún científico explicar por qué, desde el mismo instante en que se animó, en el claustro materno, el germen de lo que había de ser Félix en la pila bautismal, aquel germen poseyó lo que muchos no adquieren después de hallarse en el mundo años y años: conciencia clarísima de su existir y de lo que ese existir influiría y pesaría, antes y después de salir al mundo. Milagro parece, y acaso no fuese sino uno de esos arcanos que la naturaleza se permite, sin pedir permiso al hombre.

En suma, el embrión de Félix sabía ya que era embrión, y que tardaría pocos meses en ser un niño. Sabía más, y esto sí que asombra: sabía que los autores de su vida era una infeliz lavandera y un albañil sin trabajo porque era alcohólico. Y el germen en su oscura prisión materna, empezó a protestar y renegar. ¿Por qué no era la amorosa unión de dos seres jóvenes, hermosos y ricos lo que le traía a este mundo perro? (El germen no dudaba de la perrería del mundo).

En fin, de buena o mala gana, tuvo que desarrollarse el germen y salir, convertido en bebé que sale a la luz, con la fatalidad de que un brazo se le estropeó en el momento de nacer, y siempre quedó defectuoso. El mamoncillo comprendía que la comadrona era una pazguata, sin conocimientos ni habilidad, y que le dejaba así el brazo, ya para toda la vida; pero de buena gana gritaría “venga un médico, y arrégleme este brazo”; pero sus inarticulados quejidos no respondían a los avisos de su conciencia racional... y el brazo quedó atrofiado, delgado como un hilo y sin movimiento.

Toda la niñez de Félix respondió a su menguado nacimiento¹². La criatura veía claramente que no comía lo bastante para nutrirse; que se iba esmirriando; que su padre le daba puntapiés; que su madre se mataba a trabajar sin conseguir alejar el espectro del hambre...Y bien quisiera hacer algo por mejorar de suerte, pero no se le alcanzaba en qué. La conciencia le iluminaba; pero sin embargo, como sus medios de expresión no alcanzaban a revelar lo que le sugería esa conciencia, sufría cruelmente, incapaz de evitar lo que entendía allá dentro. Notaba que su madre tosía cada vez más, y que el único remedio para ella hubiese sido no ir al río a mojarse, y que ya no tenía fuerzas; notaba que su padre iba degenerando en alcohólico furioso, y malos

¹² Optamos por escoger la palabra que aparece en segundo lugar. Véase el apéndice.

tratos y roncadas amenazas acompañaban a las forzosas negativas de dinero; notaba que otros niños iban a la escuela y él no, y por último notó que le enviaban a pedir, en voz lastimera o con timitos humorísticos, “pá ayuda de un panecillo...” Aquello debía de ser malo, humillante; pero... ¿y si no había otro medio de vivir? La conciencia, desde el fondo de su espíritu, le dijo entonces a Félix que tal vez el vivir no fuese cosa muy buena en condiciones tales. Y añadió que no era él quien había pedido la vida; que vivía por fuerza. Si le consultan... Bueno: el caso es que vivía, y hasta juntaba perros, con los cuales compraba rebojos de bacalao, para telas, rancios cacahués y castañas. La indigna de la conciencia le gritaba: “Trabaja” ¿En qué? Aprende un oficio. Era manco...

Un día, fue para su madre el último. A la semana siguiente, su padre, en riña de beodos, dio un navajazo. Le prendieron. Félix quedó solo, con un pequeñín de cuatro meses, su hermanito, que por ironía se llamaba Ventura: Turín. Le cogió en brazos y salía con él a pedir limosna. Pero su conciencia le avisaba: el niño, que unas veces bebía leche y otras roía una corteza, que iba sucio, enfrascado en porquería, iba a morir. Entonces Félix le depositó en el torno de las Inclusas. Allí lo cuidarían, al menos Y siguió su vagancia. Había discurrido una fórmula deprecatoria, que repetía maquinalmente.

-¡Señorito... tómeme de criado! ¡He de servirle muy bien!

Hubo un caprichoso, algo filántropo, que accedió en un arranque de piedad hacia “el manquito”, Félix fue desinfectado, lavado, rapado, hasta perfumado, y se convirtió en un gracioso “botones”. Se propuso ser bueno, leal, querer mucho a su amo obedecerle ciegamente.

Los demás del servicio le tenían su poco de envidia, porque el amo le trataba con mayor dulzura que a nadie; y aprovechando el tiempo de Carnaval, trajeron botellas de licores, y consiguieron que Félix aceptase copa y más copa. Es de notar que la conciencia de Félix protestaba; solo que algo del alcoholismo paterno había en su sangre de muchacho, que, probado el Bizard, no Mono, le fue imposible resistir y siguió bebiendo. Se sentía indulgente con el recuerdo de su padre, y casi se acusaba de haberle acusado. Una alegría física le inundaba... y le inundó hasta que cayó de bruces bajo la mesa...

El amo desde aquel día le trató severamente. La conciencia más. -¡Bruto, borracho!.-Félix borracho, bruto... lo peor era que el tántalo del comedor, que guardaba vigilante y celoso los licores, le hacía bizcar. A pesar suyo miraba hacia las botellas de colorines. “¡Bruto, borracho, golfo!” -No importa: seguía bizcando... La propina del día del santo de su amo le perdió. “Tira a

la alcantarilla ese duro -decíale la conciencia-Dalo si no a un pobre". Y lo que hizo fue comprar una botella que ocultó entre su jergón y que apuraba, cada noche un sorbo.

Ya le gustaban las muchachillas que encontraba en la calle. Siempre la previsora conciencia le había dicho: "Huye de las mujeres como del fuego" Aquella conciencia, avispada, desengañada, embebida de realidad, clamaba: "Mira que te darán nueve mil penas por cada momento de ilusión... Ojo. Félix... Peor es el amor que ningún gas asfixiante..." Y mientras pensaba así, iba detrás de una modistuela de nariz respingada, chula madrileña viciosamente candorosa... La seguía por la calle, para obtener una ojeada llena de malicia, de reto, de coquetería populachera...El crujir de la falda de percal y de los zapatos relucientes de tacón altísimo, le enloquecía. ¡ Bah la conciencia! ¡Qué sabe la conciencia de estas cosas! Los compañeros le daban coba, sabedores de las correrías de Félix tras la Quiteria, a la cual conocían todos. Por "hacer de rabiar" al chico, a quien siempre tenían entre ceja y ceja, el lacayo dio en rondar habitualmente a la Quiteria, no bastándole, se lo "refregó" al muchacho, burlándose de él.

-¿Te has creído tu que va esa barbiana a querer a un manco, a un golfo?

Le aseguro a usted, Teolindo, que fue aquel el momento en que la conciencia habló más alto dentro del ánimo de Félix... Le dijo que las burlas cobardes se desprecian; que las mujeres no se ganan a puñadas; que vale más reír lo que no hay modo de castigar; que cuando los más fuertes atacan a los débiles, los débiles no tienen otra defensa que la pasividad y el silencio... Todo esto lo voceó la conciencia, sí; pero una especie de hierro ardiendo de vergüenza estaba clavado en el sentir del chico, y le abrasaba las carnes y el corazón. Estaban en la cocina; asió un hacha, la de partir los huesos, y con el brazo sano, el derecho, la asestó á la cabeza del lacayo. Este, vigoroso mocetón, de treinta años, paró el brazo en el aire, exclamando: "¿hola, hola? ¿sales por ahí?", y derribando al chico, le pateó muy a su sabor el pecho, a taconazos...

Intervinieron. Aquello pasaba de broma. Alzaron a Félix, le dieron agua, le cuidaron, le acostaron. No se llamó al médico, por ocultar el lance. Aquel día, el muchacho no tuvo fuerzas, se arrastró para hacer el servicio. Lo que más le afligía era la tal conciencia, repitiéndole que cuanto le pasaba, era por culpa suya y rogó a Dios, en sus sueños febriles:

-¡Quítamela! ¡Para lo que me ha servido!

Se la quitó la misericordia divina, y entonces, Félix sufrió muchísimo menos. Fue extinguiéndose dulcemente inconscientemente hasta que se disolvió en los elementos...

-Teolindo: ¿Y qué prueba esta conseja, Galo?

-Galo: Tú dirás, hijo...

-Teolindo: Tu héroe pudo, pudo... Realmente, no pudo dejar de nacer como nació, ni de tener esos padres... Lo confieso. Pero pudo perfectamente, desde que entró en casa del filántropo, portarse bien, y no seguir modistas, ni beber Mono, ni...

-Galo: Es cierto... Ahora, sácame de una curiosidad.. ¿Sigues fumando?

Teolindo: No debiera...

-Te acuerdas de la influencia de la nicotina en las lesiones cardiacas?

-Sí, hombre, te entiendo... Desde mañana (sacando la petaca) voy a renunciar al vicio...

En el caso del cuento que transcribo a continuación y al que yo me he aventurado a poner el título de ["Un buen tiritito"] consta de siete cuartillas mecanografiadas, numeradas desde la primera cuartilla siguiendo el mismo sistema de un número entre guiones. En la cuartilla número -1- en la parte superior central aparece escrito a mano lo siguiente: "Para Caras y Caretas -Agosto, 1916". En la cuartilla numerada como -5- al empezar aparece una tachadura y la consiguiente corrección a mano. Tenemos la dificultad añadida de que en el margen derecho de la primera cuartilla el texto aparece borrado, nos hemos tomado la licencia de suplir esta carencia en las notas a pie de página intentando deducir lo que hipotéticamente escribió doña Emilia.

["Un buen tiritito"]

Para que se supiese por qué voy a pegarme un buen tiritito en la sién -pensó Rafael Marco- muy pocas horas antes de poner por obra su funesta resolución tendrían que estar dentro de mí, haberme seguido paso a paso, y solo así se convencerían del incomprensible encarnizamiento y perseverancia con que me persigue la mala suerte.

Y además de estar dentro de mí tendrían ¡cómo les desprecio! que poder comprender lo que no comprenden jamás: que no hay males grandes ni pequeños, que el mal y el bien lo creamos nosotros, y que si nos persiguen á pinchazos, es peor que si, de una vez, nos hincan un cuchillo bien afilado¹³ en la espalda, entre los dos omóplatos...

¹³ En este caso nos ha parecido conveniente poner afilado por considerar más sensato este término puesto que se refiere a cuchillo. En el apéndice se puede leer lo que la autora en su lugar escribió.

Así, capaces serían de reírse si se les contase, por ejemplo, mi jornada de ayer, ¡qué no ha sido de las peores! Desperté con la boca más amarga que hiel y el estómago revuelto. Fui a tomar mi dosis de magnesia efervescente, y se había acabado la vispera. Envié [a la bot]ica a mi criada. ¡Oh la responsabilidad que a mi criada le corresponde en mi [botiqu]ín! ¡Y me traje limonada gaseosa! Salté de la cama, y, al hacerlo, resbalé arra[strand]o conmigo el alfombrín, y fui a dar contra la cómoda, haciéndome un chichón [en la fren]te.

Se reveló el dolor de cabeza.... Es mi compañero acostumbrado, y ya parece que sin él no me entiendo. Me conozco a mí mismo. Vivo bajo la sensación continua de una especie de mareo de mar, la angustia del comienzo de las náuseas. Mientras me ponía un perro gordo¹⁴ sujeto con un pañuelo sobre el chichón, luchaba con el deseo de que una escoba me barriese por dentro, enérgicamente, el estómago...

Al acercarme al lavabo, el jabón había desaparecido. Pascasia me trajo el suyo: era del más ordinario, y vi sobre él un pelo, y mejor diré una cerda, porque el pelo de Pascasia es zaino¹⁵. Intenté peinarme, y una púa del peine, astillada, me arrancó dolorosamente un mechón. Quise rizarme el bigote, y me quemé el labio superior con la tenacilla. Cuente usted esto, y le dirán que son minucias tales que ni recordarse merecen. Pero yo sé que sufro, que sufro de un modo horrible. Una sola, será caso de risa. Tan seguidas, empalmadas, no hay mortal que las aguante.

Dos o tres botones del chaleco se cayeron cuando fui a abrocharlos. Quedó un revoltillo de seda, y una hebra larga, y tuve que sufrir que Pascasia se me acercase, para coserme los malditos botones. No se me ocurrió ni lo más sencillo: quitarme el chaleco, y que los pegase. Lejos de mí. Cuando menudean las contrariedades¹⁶, hay otra en sentirse estúpido, arrastradito como una paja por la corriente del fastidio.

¹⁴ Este mismo término aparece en La Quimera: "Lo que me reste de la escasa hacienda de mis padres, que será una miseria y rentará unos perros, lo liquidaré a escape..." pág. 153.

¹⁵ Propongo este término por considerarlo más adecuado y no haber podido hallar un significado de "suino" que era el término que doña Emilia escribió.

¹⁶ En este caso la autora escribió dos términos y me decanto por el escrito en segundo lugar dado que fue el que ella completó. Véase el apéndice de los textos.

Un cigarro que fumé para sosegar me sabía endiabladamente a cucaracha. Lo tiré al suelo, pero me quedó en la garganta el azucaroso y repugnante tufillo. Me trajo el desayuno Pascasia: el café estaba frío, las tostadas sin tostar, y mi estómago se encalabrino nuevamente. Por fin, habiendo tragado un par de sorbos, con conatos de no conservarlos en el arca del cuerpo, pude salir a la calle.

En el último escalón puse un pie en falso, y tuve que agarrarme al pasamanos. En cuanto volví la primer esquina, me di de manos a boca con un cura, que casi se me echó encima, porque volvía en sentido contrario. Vi a un centímetro de mi cara, la suya, gruesa, fofa, inyectada de grasa y bilis, y el azulado de su barba de tres días, y las pequeñas estrías de sangre que se ramificaban en su pupila, y la amarillez de sus dientes, descarnados en la base. Ningún daño pensaba hacerme el cura, y probablemente será una buena persona. No se nos puede juzgar por nuestro cutis, ni por nuestra dentadura. Yo, sin embargo, retrocedí de terror, y un desvanecimiento me hizo caer no sé cómo, pues solo me enteré, después, de que me habían llevado a una botica próxima. Allí me dieron éter, y no sé qué más, para que me recobrase. Cuando salí de allí, pregunté lo que debía por la asistencia. Y, al ir a pagar una peseta y veinte céntimos, noté que el portamonedas me faltaba.

Tuve que volver a subir mis escaleras, aguantar las preguntas de Pascasia, y, al salir otra vez, queriendo ver la hora, pude notar que el reloj había seguido el mismo camino que la cartera. Recordé que, en mi último instante de lucidez, había visto a dos golfos andrajosos, y hasta juraría que se habían precipitado a sostenerme.... ¡Como la cuerda al ahorcado!

En la calle otra vez, y camino de mi oficina, en la cual tanto da entrar a una hora como otra, doy un rodeo para disfrutar de la alegría de la acera de Alcalá. Y en el mismo instante, el sol se pone encapotado, nubes oscuras corren por el cielo, y una racha de aire frío me hace dar diente con diente. Vuelvo la cabeza hacia el arroyo, y he aquí el entierro, que pasa.

Su infinita ridiculez me crispera los nervios. Ridícula, esa carroza con reminiscencias versallesco-fúnebres; ridículo, el empaque Luis XV de los palafreneros y lacayos; ridículas las coronas, que se encargan al florista y llevan pensamientos de pluma y rosas de abalorio; ridículo todo este escenario de la muerte, que debiera ser tan serio, tan sencillo, tan impregnado de modestia y melancolía...

¿Estoy por no pegarme el tiritito?

¡Bah! Me llevarán así, pero en cambio no lo veré... Y ahora lo veo. Desfila la carroza, desfila el acompañamiento, señores de chistera y gabán, hablando



Obras de derrubamento das dependencias da Fábrica de Tabacos 04/10/06.
Fotografía de Xosé Castro.

a media voz de sus asuntos, con automóviles y coches ocupados por diversos individuos que ya reían y fuman sin respeto...

Antes de entrar en la oficina, un mendigo me pide limosna. Es una mujer como de sesenta años, demacrada. Sin embargo, la reconozco inmediatamente. Una tarde de calor, a la hora de la siesta, años hace... Y miro su fecha, para asegurarme mejor en la horrible reminiscencia. Es un amor que encuentro, un amor podrido, desecado, arrojado a la vía pública, como un detritus. Si hay algo deprimente, es el amor degradado, convertido en indiferente repulsión. Sí, me confirmo en la idea de que somos arena y viento, y todo lo mejor que hay en nosotros se convierte en basura sentimental, en asco a lo que idolatramos un día.

Somos tales, que paso y no le lleno la mano de monedas, la mano que me tiende y que un día besé... y mordí... Acaban de quitarme la cartera, pienso, como para disculparme. Pero podía reconocerla, enterarme de su situación, auxiliarla... Sigo acera arriba. Pasa uno que finge no conocerme. Es uno que me debe unos cuartos, no sé si diez pesetas, prestadas en el café, por dos horas. Han transcurrido dos meses. Tuerce la cabeza. Yo la tuerzo a mi vez.

A la puerta de la oficina, como voy sumido en una distracción amarga, no veo que un niño, corriendo torpemente -¡es tan pequeño! -se me enreda entre las piernas... y cae. La madre, furiosa me increpa; quiere sacarme los ojos. Protesto y de nada me sirve. Se reúne gente; no sé de donde sale. Es asombrosa la rapidez con que la gente se junta en Madrid. Me encierran en un círculo de caras indignadas, de puños amenazadores. Estoy convicto de haber empujado a la criaturita, de haber sido causa de que se rompa la cabeza contra el filo de la acera, lo cual tal vez es la muerte.

Y uno me llama cuanto hay que llamar, y otro me da un bofetón; sí, un bofetón, en plena mejilla... "¡So tío, mal corazón, criminal, verdugo! "La policía me liberta de morir hecho papilla; pero me detiene. Paso el día en diligencias, para demostrar que no he sido culpable, que no he querido matar a ese pequeñín, entre otras cosas, porque me importaba bien poco de él...

Cuando se mata a alguien, es que ese alguien nos interesa, por cualquier concepto, ¿no es verdad?

Y yo voy a darme a mí mismo la prueba de interés de matarme, porque debo este sacrificio a cuanto me rodea, ya que cuanto me rodea me es hostil, me es adverso, y esto, no por efecto de la casualidad, sino voluntariamente. Mi paraguas, cuyas ballenas se descosen, a pesar de ser nuevo; mi espejo, que se rompe sin tocarle; mi corbata, que no hay medio de que se esté derecha; mis botas, que me aprietan habiendo sido hechas a medida; mis fósforos, que

se apagan sin llegar a encenderse; mi cortaplumas, cuya punta salta al afilar un lápiz; mi bastón¹⁷, que se pierde dos veces por semana; Pascasia, que tiene una voz de carraca rota, de algún tiempo a esta parte ... Son demasiadas casualidades. No, no son casualidades. Hay una fuerza oculta, hay algo maléfico, que me persigue.

Pues le voy a hacer la mamola, a ese maléfico ser, sea quien fuere. Ahora lo veré. El cordel está hasta engrasado con vaselina. La escarpia, bien clavada en la pared. Aquí el taburete. ¿A no ser que tan bien me sean hostiles cuerda y escarpia, y en el momento preciso...? No. Todo tiene su límite. Adiós, serie negra, infinito de la calamidad... Ya dentro de una hora, nada podéis contra mí. Fastidiosos.

Apéndice:

1916

Para Summa

DIÁLOGO

En un rincón del Ateneo. Mesas con servicios de café., unos ya consumidos y que un omoz retira, otros que trae para señores ateneistas que leen periódicos ó discuten á media v

voz. En un rincón, ocupando el ángulo de un diván y una bitaca c ntigua, Teolindo yGalo conversan, sintiéndose perfectamente solos entre el rumor de charlas. Su diálogo parec continuación de otros, anteriores. De esos temas que, entre amigos, salen á relucir una vez, cuando menos, por semana)

Galo -No me cabe en la cabeza. Dese empeño tuyo de que somos libres y podemos hacer lo q nos dé la gana.

-Teolindo -¡Qué quieres! No me siento piedra ni vegetal... Tengo mi conciencia.

-Tambien la tendremos los demás... Solo que ante lo imposible, la conciencia se limita darnos tormento, sin sacarnos del pantano.

-Bah Galo -Teolindo -Bah! A todas horas te vés en situaciones que te permiten afirmar la conciencia.

conciencia. A cada paso luchan tu honradez y tus apetitos. No querrás decir que ven siempre los últimos, eh?

¹⁷ Aparecen los términos silla y bastón, elegimos uno: bastón porque nos parece más coherente.

Galo - Qué diantres: También yo tengo mi propia estimación. Y no es la honradez solament Es el buen sentido. Mira¹⁸

-2-

aquello que más fastidia y no probar lo que gusta.... y lo sigo.

-Pues me dás la razón

-Galo -No. Esas son cosas que podemos hacer., y sin más que unas miajas de entendimiento para discernir entre lo que está en nuestra mano y lo que no está., y escoger, como egois

tones, lo que más nos conviene... porque, al fin, es el egoismo el que nos mueve, en eso

y en todo. Es No me lo negarás.

-Teolindo -Según como se entienda...El supremo egoismo sería la virtud absoluta.

-Galo -No lo dudes ni un momento. No hay nada que se parezca á la felicidd tanto como esa virtudque llaman heróica.... Lo único que he querido dejar sentado, es que las circuís tancias nos mandan y hacen de nosotros lo que s les antoja. Te contaré la historia de un golfillo... historia fantástica, dirás... Fíjate y vla verdad te saltará á los ojos.

Este golfillo, por uno de esos contrastes frecuentes entre el nombre y la persona, se llam´

Félix.- No pudiera ningun científico explicar porqué ,desde el mismo instante en que se

animó, en el claustro materno, el gérmen de lo que había de ser Félix en la pila bautism

mal, aquel gérmen poseyó lo que muchos no adquieren después de hallarse en el mundo años

y años: conciencia clarísima de su exstir y de lo que en ese existir influiría y pesar´

ría, antes y después de salir al mundo. Milagro parece, y acaso no fuese sinóuno de esos

arcanos que la naturaleza se permite, sin pedir permiso al hombre.

-3-

En suma, el embrión de Félix sabía ya que era embrión, y que tardaría pocos meses en ser

¹⁸ [¿ a un plan muy riguroso de?]. La línea aparece cortada.

un niño. Sabía más, y esto sí que asombra: sabía que los autores de su vida eran una in
 feliz lavandera t y un albañil sin trabajo y porqie era alcohólico. Y el germen en su osco
 ra prisión materna, empezó á protestar y renegar. ¿Por ué no ha era la amorosa unión d
 dos seres jóvenes, hermosos y ricos lo que traía á este mundoperro? El germen no du
 daba de la perrería del mundo)
 Enfin, de buena ó mala gana, tuvo que desarrollarse el germen, y sali, convertido en bebé
 que salir á luz, con la fatalidad de que un brazo se le estropeó en el momento de nacer, y siempre quedó retorcido y defectuoso. El mamoncillo comprendía que la comadrona era un pazguata, sin conocimientos ni habilidad, y que le dejaba así el brazo, ya para toda la v
 vida; peroda buena gana grotaría “venga un médico, y arrefleme este brazo”; pero sus ins ticulados quejidos no respondían á los avisos de su conciencia racional... y el brazo qu
 quedó atrofiado, delagado como un hilo y sin movimiento.
 Toda la niñez de Félix respondió á su menguado destinnacimiento. La criatura veía claramen
 te que no com´ lo bastante para nutrirse; que se ina esmirriando; que su padre le daba pu
 tapiés; que su madre se m taba á trabajar, sin conseguir alejar el espectro del hambre..
 y bien quisiera hacer algo por mejorar de suerte, pero no se le lcanzaga en qué. La con

-4-

ciencia le iluminaba; pero sin embargo, como sus medios de expre ión no alcanzaban á rev
 velar lo que le sugería esa conciecoa, sufría cruelmente, incapaz de evitar lo que enten
 día allá dentro. Notaba que siu madre tosía cada vez más, y que el único remedio para ella hubiese sidono ir al rio á mojarse y á hacer mlo que ya no tenía fuerzas; notaba que su pa
 dre iba degenerando en alcohólico furioso, y malos tratos y roncacas amenazaracompañaban á las forzosas negativas de dinero; notaba quotros niños iban á la escuela y él no, y por úl

timo, notó que le enviaban á pedir, en voz lastimera ó con timitos humorísticos, pá ayud de un panecillo... “A uello debía de ser malo, humillante; sero ¿Y si no había otro me dio de vivir?

La conciencia, su desde el fondo de su espíritu, le dijo entonces á Félix que al vez e

vivir no fuese cosa muy buena. en condiciones tales. Y añadió que no era él quien había p

dido la vida; que vivía por fuerza. Si le consultan... Bueno: el caso es que vivá, y hast

juntaba perros, con los cuales compraba rebojo s de bacalao, pa telas rancios, cacahués y castanas. a indina de la conciencia le gritabá: “Trabaja”

¿En qué? N, Aprender un oficio

Era manco....

Un dia fue, para su madre, el último. A los semanas siguiente, su padre, en riña de beodos,

dio un navajazo. Le prendieron. Félix que dó solo, con un pequeñin de cuatro meses, su h hermanito., úe por ironía se llamaba Ventura., Turín. Le cogió en brazos y salía con ´

-5-

el a pedir limosna. Pero su conciencia le avisaba: el niño, que unas veces bebia leche y

otras roía una corteza, que iba sucio, enfrascado en porquería, iba á morirse. Entonces

Félix le depositó en el torno de la Inculuas. Allí lo cuidarían, al menos.

Y siguió su v vagancia. Había discurrido una fórmula impredeprecatoria, que repetía maquin

nalmente:

-Señorito... tómeme de criado! He de servirle muy bien!

Hubo un caprichoso, algo filábtropo, que accedió en un arranque de piedadhavia “el manq quito”, Félix fué desinfectado, lavado, rapado, hasta perfumado, y se convirtió en un

gracioso “botones”. Se propuso se bueno, leal, querer mucho á su amo,

obedecerle ciegament Los demás del servicio le tenían su poco de envidia,

porque el amo le trataba con n mayor d dulzura que á nadie; y aprovechando el tiempo de Carnaval, trajeron botellas de licores,

y consiguieron que Félix aceptase copa y copa,. Es de notar que la co

ciencia de Félix protestaba; solo que algo del alcoholismo paterno habría en su sangre de muchacho, que, probado el Brizard, no Mono, le fue imposible resistir y siguió bebiendo. Se sentía indulgente con el recuerdo de su padre, y casi se acusaba de haberle acusado. Una algría física le inundaba... y le inundó, hasta que cayó de bruces bajo la mesa...

Elamo, desde aquel día le trató severamente. La conciencia, más. -Bruto, borracho!-Félix borracho, bruto.... o peor era que el tántalo del comedor, que guardaba

-6-

vigilante y celoso los licores, le hacía bizcar. A pesar suyo, miraba hacia las botellas de colorines. "Bruto, borracho, golfo!" -No importa: seguía bizcando... La propina del día del santo de su amo la dedicó le perdió. "Tira á a alcantarilla ese duro -decíale la conciencia -Dalo sinó á un pobre" -Y lo que hizo fue comprar una botella, que ocultó entre su jergón y que bebíapuraba, cada noche, un sorbo. Ya le gustaban las muchachillas que encontraba en la calle. Siempre la previsora conciencia le había dicho: "Huye de las mujeres como del fuego" Aquella conciencia, avidasda, dese sengañada, embebida de realidad, clamaba: "Mira que te darán nueve mil penas por cada momento de ilusión.. Ojo. Félix... Peor es el amor que ningún gas asfixiante ..."Y mientras pensaba así, iba detrás de una modistuela de nariz respingada, chula madrileña viciosamente candorosa.... La seguía por la calle, para obtener una ojeada llena de malicia, de reto, de coquetería populachera... El crujir de la falda de percal y de los zaparos relucientes de tacón altísimo, le enloquecía. Bah! la conciencia! Qué sabe la conciencia de estas cosas! Los compañeros le daban coba, sabedores de las correrías de Félix tras la Quiteria, á la cual conocían todos. Por "hacer de rabiar" al chico, á quien siempre tenían entre ceja y

ceja, el lacayo dió en rpndar igualmente á la Quiteria, ; no bastábdole, se lo “refregó al muchacho, burlándose de él.

-¿Te has crendo tú que vá esa barbiana á querer á un manco, á un golfo?

-7-

Le aseguro á vd, Teolindo, que fué aquel el momento en que la conciencia habló más alto, d dentro del ánimo de Félix..Le dijo que las burlas cobardes se desprecian; que las mujeres quierenno se ganan á punadas; que vale más reir lo que no hay modo de castigar; que cuando los más fuertes atacan á los débiles, los débiles no tiene otra defensa que la pasividad

y el silencio... Todo esto lo voceó la conciencia, sí; pero una especie de hierro ardiendo

de verguenza estaba clavado en el sentir del chico, y lr abrasaba las carnes y el corazón.

TOAsió E taban en la cocina; asio ´ un hacha, la de partir los huesos, y con el brazo sano,

el derecho, la asestó á la cabeza del lacayo. Este, vigoroso mocetón, de treinta años, par´

el barzo en el aire, exclamando “hola, hola? Sales por ahí? “y, deribando al chico, le

pateó muy á su sabor el pecho, á talonazos....

Intervinieron. Aquello pasaba de broma. Alzaron á Félix, le dieron agua, lesircuidaron, le acostaron. No se llamó al médico, pr ocultar el lance. esde aque dia, el muchacho no tuv

fuerzas, se arrastró para hacer el servicio. Lo que más le afligía era la tal

conciencia, r repitiéndole que cuanto le pasaba, era por culpa suta y rogó á Dios, en sus sueños febrile

-Quítamela! Para lo que me ga servido!

Se la quitó la misericordia divina, y entonces, Félix sufrió muchisimo menos., Fue extingui

éndose dulcemente, inconscientemente. hasta que se disolvió en los elementos...

-Teolindo -Y que prueba esta conseja, Galo?

-8-

-Galo -Tu dirás, hijo...

-Teolindo -Tu héroe pudo, pudo,,,, Realmente, no pudo dejar de nacer como nació, ni de te

ner esos padres... Lo confieso. Pero pudopperfectamente , desde que entró en casa del filán

tropo, portarse bien, y no seguir modistas, ni beber mono, ni...

-Galo -Es cierto... Ahora, sácane de uns curiosidad.. ¿Sigues fumando?

Teolindo. -No debiera...

-Te acuerdas de la influencia de la nicotina en las lesiones cardiacas?

-Sí, hombre, te entiendo... Desde mañana (sacando la petaca) vpy á renunciar al vicio...

-1-

Para Caras y Caretas -Agosto, 1916¹⁹

Para que supiesen porqué voy á pegarme un buen tirito en la sién -pensó Rafael Marc

muy pocas horas antes de poner por obra su funesta resolución- tendrían que estar dentr

tro de mí, haberme seguido paso á paso, y solo así se convencerían del incomprensibl

ble encarnizamiento y perseverancia con que me persigue la mala suerte.

Y además de estar dentro de mí, tendrían ¡cómo les desprecio! que poder comprenderlo

que no comprenden jamás: que no hay males grandes ni pequeños: que el mal y el bien

lo creamos nosotros, y que si nos persiguen á pinchazos, es peor que si, de una vez, n

nos hincan un cuchillo bien agizadoen la espalda, entre los dos omóplatos...

Así, capaces serían de reírse si les contase , por ejemplo, mi jornada de ayer, que n

no ha sido de las peores! Desperté con la boca má amarga que hiel y el estómago revuel

Fuí á tomar mi dosis de magnesia efervescente, y se había acabado la víspera. Envié

ica á mi criada, ¡oh! la responsabilidad que á ni criada le corresponde en mi

ín! Y me trajo limonada gaseosa! . Salté de la cama, y , al hacerlo, resbalé arra

¹⁹ Aparece escrito a mano.

o conmigo el alfombrín, y fuí á dar contra la cómoda, haciéndome un chichón

te.

Se reveló el dolor de cabeza.... Es mi compañero acostumbrado, y ya parece que

-2-

sin él no me entiendo. conozco á mí mismo. Vivo bajo la sensación
continua de una espec
cie de mareo de mar, la angustia del comienzo de las náuseas. Mientras me
ponía un perr
ordo sujeto con un pañuelo sobre el chichón, luchaba con el deseo de que
una escoba m
barriese por dentro, enérgicamente, el estómago...
Al acercarme al lavabo, el jabón había desaparecido. Pascasia me trajo el
suyo: era
del más ordinario, y ví sobre él un pelo, y mejor diré una cerda, porque el
pe o de Pa
casia es suino. Intenté peinarme, y una púa del peine, astillada, me arrancó
dolorosam
mente un mechón. Quise rizarme el bigote, y me quemé el labio superior
con la tenaci
lla. Cuento Vd esto, y le dirán que son minucias tales, que ni recordarse
merecen. Per
yo sé que sufro, que sufro de un modo horrible. Una sola, será caso de risa.
Tan seguid
das, enplamadas, no hay mortal que las aguante.
Dos ó tres botones del chaleco se cayeron cuando fuí á abrocharlos. Quedó
un revoltill
de seda, y una hebra larga, y tuve que sufrir que Pascasia se me acercase,
para coser
me los malditos botones, No se me ocurrió ni los más sencillo: quitarme el
chaleco, y q
que los pegase. Léjos de mí. Cuando menudean las desgracontrariedades,
hay otra en sentir
se estúpido, arrastradi como una paja por la corriente del fastidio.
Un cigarro que fumé para sosegar me, olía savía endiabladamente á
cucaracha. Lo tiré al

-3-

suelo, pero me quedó en la garganta el azucaroso y reponante tufillo. Me trajo el desayuno Pascasia: el café estaba frío, las tostadas sin tostar, y mi estómago se encalabró nuevamente. Por fin, habiendo tragado un par de sorbos, con conatos de no conservarlos en la caja del cuerpo, pude salir a la calle. En el último escalón respuse un pie en falso, y tuve que agarrarme al pasamanos. En cuanto volví la primer esquina, me dí de manos a bosa con un cura, que casi se me echó encima, porque revolvía en sentido contrario. Ví a un centímetro de mi cara, la suya, gruesa, fofa, inyectada de grasa y bilis, y el azulado de su barba de tres días, y las pequeñas estrías de sangre que se ramificaban en su pupila, y la amarillez de sus dientes, descarnados en la base. Ningun daño pensaba hacerle con el cura, y probablemente será una buena persona; no se nos puede juzgar por nuestro cutis, ni por nuestra dentadura. Yo, sin embargo, retrocedí de terror, y un desvanecimiento me hizo caer no sé cómo, pues solo me enteré, después, de que me habían llevado a una botica próxima. Allí me dieron éter, y no sé qué más, para que me recobrase. Cuando salí de allí, pregunté lo que debía por la asistencia. Y, al ir a pagar una peseta y veinte céntimos, noté que el portamonedas me faltaba. Tuve que volver a subir mis escaleras, aguantar las preguntas de Pascasia, y, al salir

-4-

al salir otra vez, queriendo ver la hora, pude notar que el reloj había seguido el mismo camino de la cartera. Recorde que, en mi último instante de lucidez, había visto a dos golfos andejosos, y hasta juraría que se habían precipitado a

sostenerse.... Comp
 la cuerda al ahorcado!
 En la calle otra vez, y camino de mi ofivina, en la cual tanto dá entrara á
 una hora co
 mo á otra, doy un rodeo para disfrutar de la alegría de la acera de Alcalá. Y
 en el
 mismo instante, el sol se pone encapota, nubes osucras corren por el cielo,
 y unarach
 de aire frío me hace dar diente con diente. Vuelvo la cabeza hácia el
 arroyo, y hé a-
 quí el entierro, que passa.
 Su infinita ridiculez me crispa los nérvios. Ridícula, esa carroza con
 reminiscencias v
 versallesco-húnebres; ridículo, el empaque Luis XV de los palafreneros y
 lacayos; rid
 ículas las coronas, quese comencargan al florista y llevan pensamientos de
 pluma y r
 r osas de abalorio; ridículo todo este escenario de la muerte, que debiera
 ser tanssé
 rio, tan sencillo, tan impregnado de modestia y melancolía.....
 ¿Estoy por no pegarme el tiritó?
 Bah! Me llevarán así, pero en cambio no lo veré... Y ahora lo veo. Desfila
 la carroza,
 desfila el acompanamiento, senores de chistera y gaban, hablando á media
 voz de sus asu
 Tos, cocautomóviles y coches ocupadospor diversas individuos que ya reían
 francamen

-5-

~~te, bromenando..~~ Y fuman sin respeto....
 Antes de entrar en la oficina, un mendigo me pide limosna. Es una mujer
 como de sesenta
 años, demacrada. Sin embargo, la reconozco inmediatamente. Una tarde de
 calor, á la ho
 ra de la sieata, años hace....Y miro su fecha, para asegurarme mejor en la
 horrible rem
 nisvencia. Es un amor que encuentro, un amor podrido, desecado, arrojado
 á la vía púb.
 ca, como un detritus. Si hay algo quedepreinte, es el amor degradado,

convertido
en indiferente repulsión. SY me confirmo en la idea de que somos arena y viento, y todo lo mejor que hay en nosotros se convierte en basurasentimental, en asco á lo que idolatramos un día.
Somos tales, que paso y no le lleno la mano de monedas, la mano que me tienda y que un día besé.. y mordí... Acaban de quitarme la cartera, pienso, como para disculparme. Pero podía reconocerla, enterarme de sus situación, auziliarla... Sigo acera arriba. Pasa uno que finge no conocerme. Es uno que me debe unos cuartos, no sé si diez pesetas, prestadas en el café, por dos horas. Han transcurrido dos meses. Tuerce la cabeza.
Yo la tuerzo á mi vez.
A la puerta de la oficina, como voy sumido en una distracción amarga, no veo que un niño, corriendo torpemente -es tan pequeño!- se me enreda entre las piernas.. y cae
La madre, furiosa, me increpa; quiere sacarme los ojos. Priresto, y de nada me sirve.

-6-

Se reune gente; no sé de donde sale. Es asombrosa la rapidez con que la gente se junta, en Madrid. Me encierran en un círculo de caras indiganadas, de puños amenazadores. Es
toy convicto de haber empujado á la criaturira, de haber sido causa de que se rompa la cabeza contra el filo de la acera, lo cual tal vez es la muerte.
Y uno me llama cuanto hay que l amar, y otro me dá un bofetón; sí, un bofetón, en plean mejilla.. "So tío, mal corazón, cereminal, verfdugo!" La policía me liberta de morir
hecho papilla; pero me detiene. Paso el día en diligencias, para demostrar que no he sido culpable, que no he querido matar á ese pequeñin. entre otras cosas,

porque me i
portaba bien poco de él....
Cuando se mata á alguien, es que ese alguien nos interesa, por cualquier
concepto. ¿no
es verdad?
Y yo voy a dar mea mí msmo la prueba de interés de matarme, porque debo
este sacrific
cio á cuanto me rodea, ya que cuanto me rodea me es hostil, me es
adverso, y esto, no
por efecto de la casualidad, sinó por voluntariamente. Mi paraguas, que se
desocupas
ballenas se descosen, á pesar de ser nuevo; mi espejo que se rompe sin
tocarle; mi
corbata que no hay medio de que se esté derecha; mi s botas, que me
aprietan habie
do sido hechas á media; mis fósforos, que se apagan sin llegar á
encenderse; ni cortaplu
mas, que me cuya punta salta al afilar un lápiz; mi silla, bastón, que se
pierde

-7-

dos veces por semana; Pascasia, que tiene una voz de carraca rota, de algun
tiempo á e
ta parte... Son demasiadas casulaidades. No; no, son casualidades. Hay una
fuerza oculta
hay algo maléfico, que me persigue.
Pues le voy á hacer la mamola, á ese maléfico ser, sea quien fuere. Ahora lo
veré.
El cordel está hasta engrasado con vaselina. Laescarpia, bien clavada en la
pared. Aquí
el taburete. ¿A noser que también me sea n hostiles cuerda y escarpia, y en
el moment
preciso...? No. Todo tiene su límite. Adios, série negra, infinito de la
calamidad..
Ya Dentro de una hora, banad podeis contra mí. Fastidiaos

BIBLIOGRAFÍA

Axeitos Valiño, Ricardo y Cosme Abollo, Nélide (2004): *Os manuscritos e as imaxes de Emilia Pardo Bazán. Catálogo do Arquito da familia Pardo Bazán*, A Coruña, Real Academia Galega.

Baquero Goyanes, Mariano (1992): *El cuento español: del Romanticismo al Realismo*, Madrid, Centro Superior de Investigaciones científicas.

Botrel, Jean-François (2003): "Emilia Pardo Bazán Bazán mujer de letras", Freire López, Ana M^a (Editora): *Estudios sobre la obra de Emilia Pardo Bazán. Actas de las jornadas conmemorativas de los 150 años de su nacimiento*, A Coruña, Fundación Pedro Barrié de la Maza.

Clemessy, Nelly (1972): *Les contes d'Emilia Pardo Bazán (Essai de classification)*, Paris, Centre de Recherches Hispaniques. Institut d'Études Hispaniques.

Carballido Reboredo, Silvia (2005): "Un nuevo relato en la producción cuentística de Emilia Pardo Bazán en la *Voz de Galicia* (1882-1901)", *La Tribuna* n^o 3, *Cadernos de estudos da casa museo Emilia Pardo Bazán*, A Coruña, págs. 301-308.

Dorado, Carlos (2005): "Un cuento inédito de Emilia Pardo Bazán", *Quimera*, n^o 259-260 (julio-agosto), págs 62-65.

Ezama, Ángeles (2006): "Un cuento infantil olvidado de Emilia Pardo Bazán", *La Tribuna* n^o 4, *Cadernos de estudos da casa museo Emilia Pardo Bazán*, A Coruña, págs. 385-401.

Freire López, Ana M^a (Editora) (2003): "La obra periodística de Pardo Bazán" en *Estudios sobre la obra de Emilia Pardo Bazán. Actas de las jornadas conmemorativas de los 150 años de su nacimiento*, A Coruña, Fundación Pedro Barrié de la Maza, pág. 121.

González Herrán, José Manuel (1997): "Un texto inédito de Pardo Bazán: ¿El cuento La Mina?", J. M. González Herrán (Editor): *Estudios sobre Emilia Pardo Bazán. In memoriam Maurice Hemingway*, Santiago de Compostela, Universidade - Consorcio de Santiago, págs. 171-180.

_____ y Saiz Viadero, José Ramón (2004): "Dos cuentos de Emilia Pardo Bazán, recuperados de la prensa Santanderina (1897-1898)", *La Tribuna* n^o 2, *Cadernos de estudos da casa museo Emilia Pardo Bazán*, A Coruña, págs. 359-366.

Herrero Figueroa, Araceli (1994): "Un relato carnavalesco de Emilia Pardo Bazán", *Lenguaje y textos*, n^o 5, págs. 145-149.

_____ (2004): *Estudios sobre Emilia Pardo Bazán e recopilación de dispersos*, Lugo: Servicio de publicaciones de la Diputación Provincial de Lugo.

Infantes, Víctor (1988): “Desheredado”, un cuento inédito de Emilia Pardo Bazán”, *Lucanor*, 2, págs. 111-121.

Mayoral, Marina (ed.) (1991): *La Quimera*, Madrid, Cátedra, pág. 153.

Novo Díaz, M^a del Mar (2004): “`Chucho´ y `Maleficio´, dos cuentos de Emilia Pardo Bazán rescatados de la prensa lucense (1913 y 1919)”, *La Tribuna n° 2, Cadernos de estudos da casa museo Emilia Pardo Bazán, A Coruña*, págs. 425-434.

Paredes Núñez, Juan (1979): *Los cuentos de Emilia Pardo Bazán*, Granada, Universidad de Granada.

_____ (ed.) (1990): *Emilia Pardo Bazán. Cuentos Completos* (IV tomos), A Coruña, Fundación Pedro Barrié de la Maza, 4 vols.

Patiño Eirín, Cristina, (2006): “Un cuento infantil de Pardo Bazán: “El lorito real (1893)”, *La Tribuna n° 4, Cadernos de estudos da casa museo Emilia Pardo Bazán, A Coruña*, págs. 419-422.

Quesada Novás, M^a Ángeles (2002): “Los Reyes Magos de Emilia Pardo Bazán”, *Moenia n° 8*, págs 103-112.

Sinovas Maté, Juliana (Editora) (1996): *Nuevos cuentos recopilados de Emilia Pardo Bazán*, Burgos, Berceo.

Villanueva Darío y González Herrán, José Manuel (Editores): 2005 *Emilia Pardo Bazán. Obras Completas*, Madrid, Fundación José Antonio de Castro, Vol. 10, págs. 197-202.



Obras de derrubamento das dependencias da Fábrica de Tabacos 04/10/06.
Fotografía de Xosé Castro.